

DISCURSO PRONUNCIADO POR DON ESTUARDO
NUÑEZ, A NOMBRE DE LA ACADEMIA PERUANA
DE LA LENGUA EN EL SEPELIO DEL ACADEMICO
DON JOSE JIMENEZ BORJA

La Academia Peruana de la Lengua lamenta conser-
nada la desaparición de uno de sus más antiguos, insignes
y caracterizados miembros. Con José Jiménez Borja se
extingue asimismo uno de los más donosos escritores del
país. Su palabra de ensayista estuvo siempre penetrada
de un profundo conocimiento del idioma en cuyo trata-
miento supo imprimir sus dones de estilista que daban
toques de elegancia y agudeza a sus frases henchidas de
rigurosa información y de original pensamiento. Era dele-
itoso escucharlo o leerlo, en cualquier ocasión que fuese.
Su personalidad afloraba muy definida e inconfundible en
su escritura o en la palabra hablada.

Antes de los 20 años, Jiménez Borja había hecho ya
sus primeros ensayos periodísticos vinculados a su pasión
por la Patria cercenada, en cuyo seno le tocó nacer
en diciembre de 1901. Conjuntamente con Jorge Basadre
—otro gran historiador e ilustre académico, figura señera
de Tacna— hace poco también desaparecido, escribió un
bello libro que recoge la común emoción por el terruño:
El alma de Tacna, libro primigenio aparecido en 1920.
Seis años más tarde, Jiménez Borja integró la planta de
colaboradores de *Justicia*, periódico que defendió con altura

y energía los derechos del Perú durante la campaña plebiscitaria de 1925-1926, para la reincorporación al Perú de Tacna y Arica. En esa década producía también poemas de exquisito carácter intimista y eglógico.

Requeriría muchas páginas el reseñar la múltiple actividad desarrollada por el ilustre desaparecido como autor de libros y ensayos, como consejero en materias pedagógicas y Director administrativo en el Ministerio de Educación, como maestro de educación secundaria y normal, como profesor y decano en las Facultades de Letras y Educación de la Universidad de San Marcos y en la Universidad Católica, como fundador, promotor y animador del Seminario de Lenguaje Peruano en la misma Universidad.

Huella indeleble han dejado sus útiles enseñanzas sobre pedagogía del idioma, de cuyo desarrollo son resultados ejemplares y positivos las varias generaciones de maestros del idioma que formó con el calor humano, la comprensión amical y la sapiente orientación de su palabra y ejemplo.

A nuestra Academia, José Jiménez Borja ofrendó sus más caras y positivas cualidades de hombre de estudio y de promotor espiritual. Por casi cuarenta años y desde la fecha de su incorporación, en 1941, desempeñó la Secretaría de la misma, hasta que fue elegido para el cargo de Director en 1979. Al cumplirse el período bi-anual de su mandato, a pesar del pedido reiterado y la insistencia de los miembros de la Academia, se excusó de aceptar la reelección en actitud de ejemplar desprendimiento, no obstante ser merecedor de esa distinción por sus méritos y especialmente por haber presidido con prestancia y brillo singulares, las labores preparatorias y el desarrollo del VIII Congreso de Academias de la Lengua Española, realizada en Lima en abril de 1980, con asistencia de representantes distinguidos de las letras de España y los países hispanohablantes. A su aliento y ponderada orientación se debió el buen éxito de aquel certamen lingüístico.

A pesar de su apartamiento de la dirección de la Academia Peruana, la actividad suya dentro de ella no decayó y fue manifiesta, sobre todo en el seno de la Comisión Lexicográfica de la misma, con renovado y notorio esfuerzo para culminar su tarea de incorporación de peruanismos al texto del Diccionario oficial. En una sesión última —hace pocos días— Jiménez Borja mostró su satisfacción por haber culminado la tarea —con sus colaboradores entusiastas y desinteresados— hasta los vocablos de la letra Z. Planeaba ya iniciar la nueva empresa de abordar en fecha próxima, la confección de un completo Diccionario de Peruanismos.

Al margen de esa valiosa tarea, había escrito últimamente una monografía sobre las aportaciones gramaticales de Andrés Bello, expuesta en la reunión celebratoria del segundo centenario del nacimiento de Bello, que tuvo lugar en Caracas, en 1981, donde representó con dignidad y autoridad a nuestra corporación.

Pocos días antes de morir anunció haber concluido un trabajo sobre la figura literaria de Santa Teresa de Jesús, con motivo del IV centenario de su muerte. La Academia le había acordado una fecha para la lectura de su importante contribución.

En plena actividad la muerte le ha dado el encuentro sorpresivamente.

Ha muerto en forma inesperada y con la misma dignidad como vivió, en actitud de entrega eficaz a sus discípulos, admiradores y amigos. No conoció los desvelos y caireles efímeros de la vanidad, mostraba el orgullo de llevar una vida modesta y recogida, ofrecía el testimonio público de la sinceridad de sus creencias, era decidido y valiente en la defensa de la verdad, amaba a su terruño como amaba a su país entrañablemente, era pronto en mitigar las preocupaciones y necesidades ajenas, acudía solícito como consejero de los angustiados.

Como humilde pero noble cultivador de las letras y de la cultura, era el maestro y hombre de consejo por excelencia.

En este carácter, en 1979, le fue encomendada la tarea de revisar la redacción final de la nueva Constitución Política del Perú, actualmente en vigencia. Por su contribución tan valiosa para comunicar la prestancia del buen decir y la expresión precisa al texto legal, se negó a recibir la justa remuneración que merecía.

Ha desaparecido y nos deja desolados un hombre cabal de bondadosas reacciones y varios talentos: maestro ejemplar, escritor ilustre, investigador acucioso con fino sentido crítico. Defensor enérgico de su dignidad era al mismo tiempo el callado perdonador de flaquezas humanas o insuficiencias intelectuales. Se ha ganado don José —como le llamábamos en la intimidad— la paz eterna y la gratitud de la posteridad.